

Siempre hemos sido entusiastas del célebre Barón de Cuvier, y todas sus obras nos han servido para consultar en distintas ocasiones durante nuestra afanosa carrera. Empero parécenos que en esta apasionada descripción sobre la inteligencia, percepción, memoria y juicio de los animales se exageran mucho estas facultades y algunas se confunden para deducir consecuencias erróneas. La inteligencia y la razón en el hombre no son, por cierto, la *estimativa* del bruto, así como la estimativa tampoco ha de confundirse con el instinto, al cual siempre hemos concedido mucha importancia.

El animal, y en ello sobresalen los vertebrados, ejecuta sus actos naturales de la misma manera en todas las épocas de su vida, y si la zorra se agacha para ocultarse y persigue á las gallinas y aves de corral, lo hace con iguales saltos y movimientos lo mismo siendo vieja que cuando joven. La sagacidad y astucia del animal es idéntica para cada especie, peculiar á ella y fija y constante en su desarrollo. Es un automatismo que persiste durante la vida del bruto, que carece en absoluto de progreso, que se halla circunscrito á hechos particulares, los cuales corresponden á las impresiones de los agentes de la Naturaleza. En una palabra, el animal no tiene conceptos ni actos universales generales ó abstractos, no compara, y en sus juicios, siempre materiales, parece que raciocina poniendo la menor y la consecuencia, como tenemos dicho, dejando que la mayor ó universal sea obra del Sér Supremo.

Indudablemente que los escolásticos conocieron y estudiaron á los animales, cuando les concedieron la facultad de percibir los objetos materiales, emitir juicios y hasta comprender su propia existencia, proveyendo á sus necesidades. Y el ángel de las escuelas, el Doctor santo Tomás de Aquino, no sólo les concede los mismos sentidos para ponerse en comunicación directa con los objetos que les rodean, sino que les reconoce además cuatro sentidos interiores; el *sentido común*, la *imaginación ó fantasía*, la *estimativa* ú *oscura resonancia de la inteligencia*, y últimamente la *memoria*.

Y no comprendemos cómo el sabio autor de los *Esplendores de la Fe*, el ilustre canónigo de San Dionisio de París, que tanto conoce la escolástica y en particular las obras del angélico y santo Doctor haya tenido tanta complacencia al saber las consideraciones del gran Cuvier para unir las á su Apéndice, puesto que lo que expone el profundo naturalista había sido examinado y dilucidado por los sabios del último tercio de la Edad media.

La historia crítica de este período filosófico de los conocimientos humanos, como ya indicamos, queda aún por hacer, y de aquí los criterios más apasionados que exactos, sobre los cuales se han fundado doctrinas que han ejercido grande influencia en la marcha y desarrollo de la ciencia empírica en general. Los animales tienen conocimiento de cuantas acciones realizan, saben huir

del peligro, buscan aquello que les satisface los sentidos, conservar la especie y cubrir las necesidades de la vida; empero, como dice santo Tomás, carecen de ideas universales, y por lo tanto no se les puede conceder *inteligencia*.

El hábito contraído para el aseo en el bruto y el uso de varios adornos que al parecer lo enorgullecen no constituyen una necesidad, porque los abandona sin motivo, se revuelca por el cieno y los ensucia é inutiliza si algún insecto le molesta, y los deja sin sentimiento y sin manifestar señal alguna de tristeza ni descontento. Hemos visto repetidos actos que prueban cuanto decimos en



Gall.

perros y caballos que hemos criado y educado. Hé aquí por qué no podemos aceptar en toda su latitud y con la intención psicológica que entrañan las ideas emitidas por uno de los naturalistas más eminentes de los tiempos modernos, y que, según parece, ha prohijado el sabio abate Moigno.

La teoría sobre la localización de las fuerzas en el cerebro humano ha perdido su primer prestigio y la influencia que adquirió en su origen. Las diversas facultades psíquicas no residen en cada una de las regiones del cerebro, las desigualdades encefálicas no representan los atributos de las funciones animicas, como lo consignaron en sus obras los señores Gall, Spurzheim, Lavater,

Broussais y Cubí y Soler; la ciencia psíquica no acepta de modo alguno este fraccionamiento de las facultades del *yo*.

El sistema del Doctor Gall, ó sea la frenología, se reduce á demostrar que el cerebro es el órgano de nuestros instintos, inclinaciones, pensamientos, disposiciones, sentimientos y demás facultades intelectuales y morales, y cada una de estas facultades de la inteligencia va acompañada de percepción, atención, memoria, juicio é imaginación. Según su autor todas estas manifestaciones ocupan en el cerebro sitios determinados que se distinguen por una protuberancia fácil de reconocer en el cráneo, y de aquí la *craneoscopia* ó *cefalogía*. En la cabeza, según esta escuela, están contenidos casi todos los órganos de los sentidos, en ella se halla el cerebro encerrado, y por su posición domina el cuerpo que obedece á su voluntad.

La larga experiencia de nuestros profesores ha demostrado que la forma especial y las abolladuras del cráneo en nada influyen para el desarrollo moral y psíquico de las razas y los progresos de la civilización del reino hominal.

Se dice por algunos frenólogos que el cuerpo y los miembros del hombre se hallan en relación con los centros nerviosos de las dos médulas oblongada y espinal; que el rostro y los órganos de los sentidos lo están también con los centros nerviosos del sensorio en la base del cerebro y de aquí deducen que se puede juzgar por el *volumen, y la fuerza del cuerpo y de los miembros* los grados de actividad fisiológica é instintiva que se manifiesta en los centros nerviosos de las dos médulas indicadas. El volumen y las señales del rostro más ó menos marcadas manifiestan asimismo, según estos observadores los grados de actividad del sensorio en la base del cerebro y entre los lóbulos de cada lado. En resumen, se pretende que las facultades de la vida de relación, en general, pueden estar representadas sobre la región del cráneo, los instintos de la vida orgánica en la región posterior, y aquellos que se llaman nobles en la coronal. La fisonomía debe ser el complemento de la craneoscopia. Debemos al señor Lavater importantes trabajos fisiognomónicos que publicó en el último tercio del pasado siglo.

Por esto aseguran los frenólogos que el desarrollo del cerebro se halla en relación con las facultades psíquicas; opinión que sostuvo también el ilustre baron de Liebig, añadiendo Bichat que la inteligencia está en razón directa del desarrollo del cerebro, y concluyendo la antropología por sostener que el cráneo del europeo ha aumentado con el tiempo en la parte anterior y disminuido en la posterior. El entusiasmo ha conducido á muchos sabios á aceptar ciertos principios generales que suelen conducir á errores lamentables.

Las doctrinas frenológicas y craneoscópicas condujeron á Camper á buscar el grado mayor ó menor de inteligencia por medio del llamado *ángulo facial*.

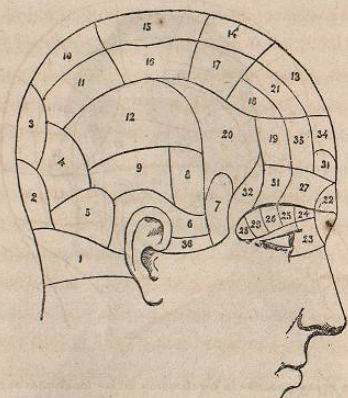
El valor de este ángulo no presenta siempre la exactitud que le atribuyen sus partidarios, si bien en muchos casos no deja de ofrecer bastantes datos de verdad. ¿No causará extrañeza que el ángulo facial del gran Napoleón I sólo tuviera 75°, que es el máximo en la raza etiópica? El distinguido alienista español Doctor Pí y Molist conoce el cráneo de un joven idiota y epiléptico de nacimiento, cuyo ángulo facial alcanza los 85°, que es el máximo en la raza caucásica ó Mediterránea. Sobre el volumen y el peso del cerebro expusimos al principio de este capítulo nuestra opinión. ¿Se ha medido el ángulo facial del perezoso?... Midase y luégo sáquese la consecuencia á que conduce la medida.



Lavater.

Para los frenólogos el cerebro es un conjunto de órganos, donde cada cual está destinado á una determinada facultad de nuestra alma; idea que se halla en abierta oposición con la de aquellos que consideran el cerebro como un órgano único que comprende toda la masa encefálica. Sin discutir el valor empírico de los cuadros trazados por Gall, Spurzheim y hasta por Cubí acerca la fisonomía craneoscópica, haremos observar que los filósofos más eminentes de nuestros días se han dividido al pretender localizar las facultades del alma. Gall cuenta en su división 27 órganos, Spurzheim 33 y Cubí y Soler 47. Aquí cada órgano es un cerebro en miniatura, donde se individualiza el entendimiento con todos sus atributos de percepción, memoria, juicio y voluntad.

Cada facultad, pues, tiene su órgano especial y particular, y la inteligencia representa la expresión colectiva de la acción mutua y simultánea. Indudablemente que en este sistema la unidad psicológica se ve reemplazada por la multiplicidad que manifiesta la anatomía frenológica, lo cual no es posible ni puede aceptarse en ningún terreno. Aunque no parece fuera de lugar que ciertos lóbulos sean los centros localizados de los nervios distribuidos en dos órganos situados en diferentes regiones del cuerpo, y por consiguiente de los centros especiales de relación entre las facultades del alma y el sistema nervioso; sin embargo numerosas experiencias han probado que el alma puede



Cabeza frenológica representando la localización de las facultades según Spurzheim.

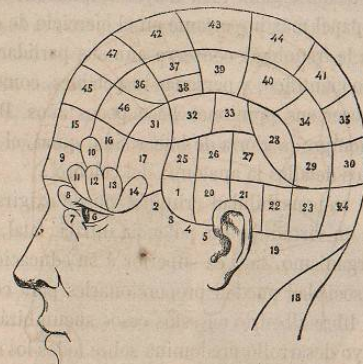
1. Amatividad. — 2. Filogenitura. — 3. Concentratividad. — 4. Afectividad. — 5. Combatividad. — 6. Destructividad. — 7. Secretividad. — 8. Adquisividad. — 9. Constructividad. — 10. Aprecio de sí mismo. — 11. Aprobatividad. — 12. Circunspección. — 13. Benevolencia. — 14. Veneración. — 15. Firmeza. — 16. Conciencia. — 17. Esperanza. — 18. Maravillosidad. — 19. Idealidad. — 20. Jovialidad. — 21. Imitación. — 22. Individualidad. — 23. Configuración. — 24. Extensión. — 25. Pesadez. — 26. Colorido. — 27. Localidad. — 28. Cálculo. — 29. Orden. — 30. Eventualidad. — 31. Tiempo. — 32. Tono. — 33. Lenguaje. — 34. Comparación. — 35. Causalidad.

obrar sobre los nervios periféricos de muchos órganos después de haberse destruido completamente los lóbulos del cerebro considerados como centros de localización para diferentes funciones.

El alma humana es libre y obra con absoluta independencia. Las impresiones que recibe de los sentidos á nada la obligan, sino que las acepta ó las desecha, las antepone ó las pospone unas á las otras, siempre según su voluntad y libre albedrío. Esta libertad señala las virtudes y los crímenes, y da á conocer los remordimientos que con harta frecuencia afligen á los seres humanos.

No puede negarse que la frenología presenta curiosas é importantes observa-

ciones que excitan la curiosidad; empero el haberse asociado á la craneoscopia le ha hecho perder una gran parte de su valor científico para ser explotada por el charlatanismo, por cuya razón ambas están en el día desacreditadas. Las observaciones minuciosas de estas protuberancias naturales del cráneo y del cerebro unidas á ciertos casos de patología y á las mutilaciones artificiales, desmienten la pretendida correspondencia entre semejantes abolladuras, limitadas siempre á una determinada región y las aptitudes especiales psíquicas que se les señala. La frenología está casi relegada al olvido por la generalidad de los profesores.



Cabeza frenológica representando la localización de las facultades según Cubi y Soler.

1. Tacto. — 2. Visión. — 3. Audición. — 4. Gusto. — 5. Olfato. — 6. Lenguaje. — 7. Sentimiento de la forma. — 8. Meditación. — 9. Individualidad. — 10. Localidad. — 11. Sentimiento de gravedad. — 12. Colorido. — 13. Orden. — 14. Comparatividad. — 15. Movimiento. — 16. Duración. — 17. Música. — 18. Amor filial. — 19. Conservación. — 20. Glotonería. — 21. Destrucción. — 22. Combatividad. — 23. Amor conyugal. — 24. Amistad. — 25. Constructividad. — 26. Adquisividad. — 27. Discreción. — 28. Precaución. — 29. Amor á la residencia. — 30. Amor al domicilio. — 31. Crítica. — 32. Mejorabilidad. — 33. Sentido de lo sublime. — 34. Aprobación. — 35. Concentración. — 36 y 37. Mímica é imitación. — 38. Realidad. — 39. Práctica. — 40. Rectitud. — 41. Superioridad. — 42. Benevolencia. — 43. Inferioridad. — 44. Obediencia. — 45. Comparación. — 46. Filosofía. — 47. Deducción.

Es muy posible que el talento de Gall y sus discípulos más sobresalientes no se ocuparan lo bastante del estudio especial del cráneo de los negros y de otras razas en las que se desarrollan y elevan á grande altura las facultades intelectuales por medio de una educación bien dirigida. Entonces, ¿cuántas suposiciones y errores no conoceríamos que se han aceptado como ciertos, los cuales demostrarían la insuficiencia de las doctrinas frenológicas y la innecesaria importancia que se ha señalado á marcadas protuberancias del cráneo?

Mas la dualidad que existe entre los órganos cerebrales, que se suplen mutuamente en los casos de dolencia, y la especialidad de las funciones de los ló-

bulos ópticos, olfatorios y cerebrales del cerebro y de la médula oblongada tampoco admiten dudas, según el señor Dugés, aun cuando no sea fácil dar una explicación clara y una definición satisfactoria. Por otra parte, siendo este centro una porción de la sustancia del cerebro deberá ser extensa y divisible. La centralización de la vida última psíquica, la unidad y simplicidad, se hallan en el alma, y de ninguna manera en el órgano, el cual sólo daría á conocer una imagen imperfecta. Únicamente la totalidad del cerebro, cerebelo y médula oblongada parece que forman el órgano central de todos los movimientos voluntarios y facultades psíquicas, aun cuando una facultad dada reciba por la lesión de una parte del órgano total mayor impresión; tal vez porque esta parte represente un papel más importante en el ejercicio de dicha facultad (1).

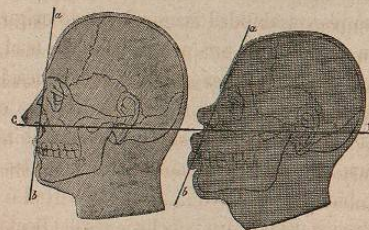
Por lo que toca á la frenología conserva aún sus partidarios, es una buena palanca del monismo científico, y personas respetables, como el señor Scheve, nos han dado á conocer sus opiniones hace pocos años. De todos modos el Doctor Gall tendrá siempre la gloria de haber sido, quizá, el primero que diera á conocer con algunos detalles la anatomía del cerebro.

Ahora bien ¿qué responsabilidad criminal puede exigirse á aquellos desgraciados que obran en virtud de una potencia innata, fatal, agena á su voluntad, peculiar á su organismo, tal vez superior á su educación y á los medios que la religión y la sociedad pueden proporcionarles para corregir los efectos de la Naturaleza? El libre albedrío en estos casos sucumbirá á los instintos de aquellos órganos cuyo desarrollo predomina sobre todos los demás. El hombre se vería arrastrado, bien á pesar suyo, á rasgos de virtud ó á crímenes horrosos, que en vano querría evitar. Las conclusiones del Doctor G. Wilson se han mirado con justa prevención. Este sabio que ha examinado muchos cráneos de personas criminales, ha deducido que presentaban anomalías sensibles en la región de los lóbulos anteriores del cerebro. He aquí porque la frenología, entre las importantes observaciones anatómicas que da á conocer, se mira con pre-

(1) Cuando en 1845 Don Mariano Cubí y Soler estuvo en Granada nos inscribimos en el curso de frenología y magnetismo que abrió. Los alumnos fuimos solamente unos diez ú once. Nada oímos en verdad que pudiese llamar la atención, á pesar de que el Profesor se explicaba con fluidez y facilidad; sólo la lección donde trató de los temperamentos nos pareció muy buena, tanto por el método que en ella empleó como por los detalles fisiológicos. Respecto al magnetismo, sobre el cual era yo muy refractario, me quedé como antes; y era tal el deseo que tenía de ver algo que fuese claro y evidente acerca la ciencia de Mesmer, que me presté gustoso á que se me magnetizara. Todo fué en vano. Por fin, convidamos á Cubí á un almuerzo de despedida en la Alhambra, donde según nos dijo, veríamos cierta sonámbula en una joven que vivía en un molino junto al Generalife; pero ¡oh desgracia! cuando llegamos al molino la muchacha no estaba, y por más que la aguardamos no pareció. Otros hechos como este podría presentar; he alcanzado una edad muy avanzada, he leído y visto mucho, y estoy, respecto al magnetismo, como el primer día: es decir, que todavía dudo.

vención por la escuela dualística, y ha menguado mucho aquel entusiasmo que inspiró hace cuarenta ó cincuenta años.

La libertad humana es para los frenólogos un mito, y la espiritualidad é inmortalidad del alma racional un engaño. Á pesar de las protestas de sus maestros y propagadores, la frenología es, cuando no otra cosa, sensualista. Se citan muchas observaciones que ridiculizan esta doctrina, en medio de cuantas aseveraciones hiciera el ilustrado autor de la obra intitulada *Irritación y locura*. En la cabeza del carnero se descubre el órgano de la teosofía, que en el hombre se halla en la parte media del frontal hacia la cima de la cabeza; se dice, que el cráneo del célebre Laplace, autor de la *Mecánica celeste*, presentaba en todo su desarrollo el órgano de la estupidez y que en el de Fieschi, tristemente célebre por sus homicidios, no se pudo encontrar el órgano de la destructividad. ¿Qué más? Se asegura que el cráneo del famoso ladrón y asesino Lacenaire, tenía muy desarrollados los órganos de la benevolencia y de la teosofía, al paso que faltaba por completo el del robo ó adquisividad.



El ángulo facial en una cabeza de europeo de raza caucásica y en otra de negro.

Á Napoleón el grande se le califica de nulidad para el estudio de las matemáticas y de las ciencias exactas: benévolo y tímido, de entendimiento despejado, pero no un genio, sin que diera cima á ninguna empresa extraordinaria. El cómplice de Lacenaire, llamado Abril, tan perverso, impío y execrable como su amo, tenía los órganos de la astucia y del robo, imperceptibles, mientras que presentaban un desarrollo extraordinario los de la bondad, teosofía y justicia. ¿Quién no diría, siguiendo la doctrina frenológica, que el tal Abril era todo un bendito, todo un hombre de bien?

El sueño, en general, es un periodo de reposo de todas las funciones del tejido nervioso que constituyen el cerebro y una buena parte de la médula espinal; durante él se rehacen las pérdidas de la actividad de los sentidos y de la voluntad. El sueño, en verdad, separa de un modo claro y sin ningún género de duda, las funciones que corresponden á los nervios del cerebro y médula espinal todas ellas voluntarias, de las llamadas involuntarias ó inconcientes

que preside el nervio *gran simpático*, como la digestión, absorción, circulación, respiración, etc. El dormir es una necesidad imperiosa de nuestra existencia. No sería posible vivir si las fuerzas de nuestro organismo que el trabajo consume, no se repusieran por el descanso que proporciona el sueño. En el sueño profundo y tranquilo parece que el *yo* no existe; la vida animal impera bajo la influencia del sistema nervioso ganglionario, el cual se halla más principalmente en el pecho y en el vientre. Al despertar, todos los sentidos vuelven á adquirir su estado normal, funcionando con regularidad el sistema nervioso central.

Algunos pretenden demostrar que las plantas disfrutan también del sueño, atribuyendo á la hija del célebre botánico Linneo tan raro descubrimiento.

Cuando el sueño no es completo constituye los *ensueños*, y si estos van acompañados de movimientos produce el *sonambulismo* natural, que ambos pueden considerarse como fenómenos secundarios.

Las sensaciones del sueño son confusas é incoherentes, parece que se han interrumpido las relaciones entre el alma y el organismo, el mundo real se halla desfigurado; empero en los ensueños se presentan las imágenes que la fantasía concibe con un colorido más intenso, el alma dormida no tiene conciencia de sí misma, ni del sentimiento de causalidad y sólo lo conserva, aunque de una manera incompleta, revelando algunas veces secretos que ocultaba cuidadosamente. Los señores Doctores Dechambre y Radestock han dado á conocer importantes observaciones sobre los ensueños y las anomalías y variedades que á menudo presentan.

El sonambulismo y el delirio se consideran como sueños parciales é incompletos del cerebro y del alma, y ello indica que las operaciones mentales no se realizan en un solo punto indivisible; porque en el sueño de tal ó cual punto del órgano central del pensamiento, se suprime una parte de la actividad del alma, y deja subsistente el ejercicio de todas las demás facultades.

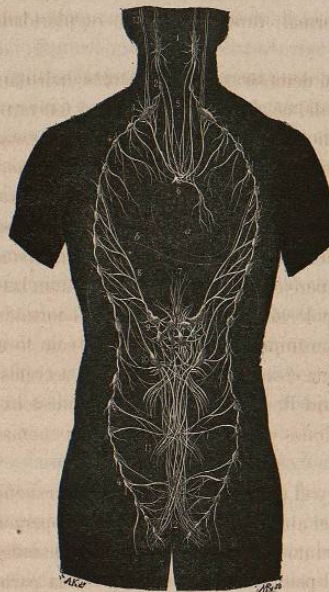
El sonambulismo es un ensueño llevado al más alto grado, en el que la excitación cerebral se refleja á los órganos de los sentidos y á los músculos para que funcionen de un modo automático. De los sonámbulos naturales se cuentan cosas raras y prodigiosas.

El *magnetismo humano* ha sido otro de los estudios de actualidad. Fué presentado por el Doctor Mesmer como un nuevo descubrimiento en Viena en 1770. Los progresos de esta doctrina fueron rápidos en medio de sostenidas luchas, hasta que en 1777 el Doctor se estableció en París, donde se le recibió con marcadas distinciones, á pesar de la oposición que, tanto en Francia como en su patria, había encontrado de parte de los sabios.

Su discípulo, el marqués de Puysegur, auxiliado de sus dos hermanos en-

contró el *sonambulismo artificial*, que, tal vez no ignoraba el maestro. Los señores Deleuze, Dupotet, Foissac, Chapelain, Berna, Ricard, Bigeaire y otros muchos se han ocupado con éxito más ó menos plausible del magnetismo animal, y en particular del sonambulismo, debiendo citar aquí los experimentos de De-Laroche Lambert, realizados delante de Napoleón III.

El magnetismo ó mesmerismo reconoce, según sus adeptos, por funda-



Esquema del nervio gran simpático.

1. Ganglio cervical superior.—2. Ganglio cervical medio.—3. Ganglio cervical inferior.—4, 4. Ganglios raquídeos.—5. Filetes anteriores de los ganglios cervicales y de los torácicos que concurren á la formación del plexo cardíaco.—6. Plexo cardíaco.—7. Plexo diafragmático.—8. Nervio esplínico mayor.—9. Ganglio semilunar.—10. Plexo solar.—11. Plexo mesentérico.—12. Plexo hipo-gástrico.—13. Filetes ascendentes que acompañan las arterias al cerebro.—a. Corazón.—b. Diafragma.

mento la *voluntad*; pero la voluntad firme y enérgica de magnetizar y de dormir, que son dos cosas diferentes. Se magnetiza siempre, dice el señor Lambert, pero el sueño se consigue tan sólo algunas veces. Los partidarios de esta doctrina han alcanzado momentos de placentero entusiasmo. La verdad es que el magnetismo y el sonambulismo, sobre el cual hemos presenciado algunas supercherías, se hallan hoy día en poder de charlatanes, y con especialidad del charlatanismo médico, y sólo sirve para excitar la curiosidad del público ó ex-

plotar á los crédulos é ignorantes en gabinetes privados. Sin embargo, el Barón de Reichenbach en su nueva hipótesis sobre el *od* (palabra escandinava, que significa *punta*), pretende rehabilitar el magnetismo animal.

Hace unos cuarenta años que un distinguido médico inglés, el señor de Braid, dió á conocer el *hipnotismo*, negando la teoría del *od*, y dando gran impulso é importancia á la influencia de la imaginación. El hipnotismo es un sueño del sistema nervioso provocado artificialmente, concentrando la atención, dirigida con especialidad sobre un objeto que no tenga propiedades excitantes. Los señores Preyer, Esdaile, Carpenter, Bennelt, Richet y algunos otros profesores han aceptado esta nueva teoría, haciendo útiles aplicaciones á la medicina, sobre todo como un poderoso anestésico y dando explicaciones más ingeniosas que plausibles sobre el sueño y los ensueños, en las cuales los señores Obersteiner, Binz y el mismo Preyer buscan en acciones químicas, la solución de estos problemas de la fisiología. El tiempo y la observación, bajo el influjo de un criterio recto y desapasionado, podrán aclarar estos fenómenos importantes que hoy todavía se hallan en su primer esbozo, siempre que el charlatanismo médico y la mala fe no los hagan objeto de miserable lucro y engañosa especulación. El señor Doctor John Bovee Dodds ha dado en América un gran impulso al magnetismo animal, dándole el nombre de *electro-psicología*, y sus discípulos aseguran que el hombre se alucina hasta el punto de perder la conciencia de su personalidad, empleando procedimientos hipnóticos ó *magneto-psíquicos*.

Habrá como treinta ó cuarenta años que en América y Europa comenzaron á hacer mucho ruido con el fenómeno llamado de las *mesas ó veladores giratorios*, lo cual dió origen á lo que se llama *escuela espiritista*. Era la reaparición de la magia negra con todos sus accesorios. Este fenómeno, que en el día ha caído en el olvido tuvo sus explicaciones, buscando en el hipnotismo la causa principal de aquel movimiento, que se comunicaba muchas veces á todos los individuos que formaban la cadena para comenzar á bailar como unos insensatos. Buen provecho les haga á todos aquellos que han pasado sus placeres ratos de solaz con tan inocente entretenimiento, que en opinión del profesor señor Grimelli no pasan de ser movimientos mecánicos debidos á la presión muscular (1).

El *espiritismo* es una mezcla indefinible de filosofía y misticismo, que por medio de un agente que sirve de intermedio, *medium*, evoca las almas de los

(1) Por nuestra parte hemos de confesar que cuantas veces formamos parte, por mera curiosidad, del circuito nunca advertimos movimiento alguno giratorio en la mesa. ¿Sería por nuestra falta de credulidad? Quizá, pues tal se dijo cuando Cubí no pudo magnetizarnos.

individuos de la familia, las de los amigos y hasta las de aquellos hombres notables y de méritos especiales para entablar amigable correspondencia. En el día esta doctrina cuenta muchos secuaces y partidarios, formándose sociedades que celebran periódicas reuniones, donde se discuten todos sus principios fundamentales que constituyen una filosofía psicológica especial, hallándose afiliados á ella hasta algunos profesores de medicina y personas de elevada posición social. Nosotros comenzamos á conocer el *espiritismo*, cuando en Granada tuvimos necesidad de estar en continuo contacto con el farmacéutico práctico D. José Ortiz y Conde, que era presidente de dicha sociedad en Baza (1875). Durante el invierno de 1877 en Madrid asistimos á algunas reuniones de espiritistas, donde se discutían los teoremas y problemas más fundamentales, que nos parecieron muy exagerados. En el verano del mismo año fuimos á Alicante, donde no se hablaba más que de espiritismo; vueltos á Madrid tuvimos ocasión de relacionarnos con un llamado *medium*, pero nada pudimos aclarar. Hoy en Barcelona conocemos también otro que se titula *medium*; ¿podremos formar un juicio aproximado de esta escuela? Mucho dudamos de ello, porque sólo reconocemos en estas doctrinas, fanatismo, intransigencia y obstinación; nada cierto y evidente. Según los espiritistas el *medium*, influido por una alucinación particular, escribe, aunque no sepa, las contestaciones que le da el alma evocada, las cuales son para ellos revelaciones ciertas y consejos provechosos.

El espiritismo, repetimos, se ha propagado con notable rapidez, y ha hecho numerosos prosélitos en todas las clases de la sociedad. En el fondo es una doctrina mística en demasía que en su mayor parte está fuera de los dogmas cristianos, si bien explica á su manera los misterios y los milagros de las santas Escrituras y del Cristianismo.

Uno de sus fundamentos más esenciales consiste en la existencia de Dios y la inmortalidad del alma humana. Según sus apóstoles, el espiritismo ha hecho conocer: «El mundo invisible que nos rodea, y en medio del cual vivimos sin darnos cuenta de ello; las leyes que nos rigen, sus relaciones con el mundo visible, la naturaleza y el estado de los seres que lo habitan, y por consiguiente el destino del hombre después de la muerte; es una verdadera revelación en la acepción científica de la palabra.» «Cristo y Moisés, dice el mismo autor espiritista hablando de la revelación mosaica, han sido los grandes reveladores que han cambiado la faz del mundo, y esa es la prueba de su misión divina: una obra puramente humana nunca hubiera tenido tal poder.»

Según los partidarios más entusiastas del espiritismo, éste nada establece *á priori*: sus teorías se deducen de la experiencia y de la observación, y son el resultado de hechos bien estudiados. Así es que ni la existencia, ni la intervención de los espíritus, ni el perespíritu, ni la reencarnación, ni ninguno de los

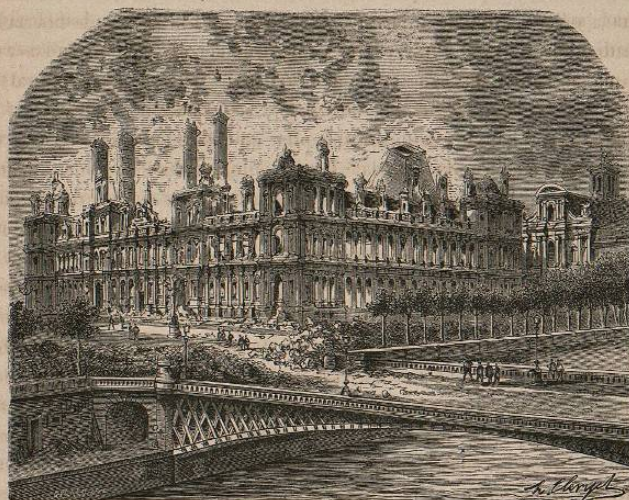
principios fundamentales que constituyen su doctrina están basados en meras conjeturas ó hipótesis, lo cual coloca al espiritismo, en sentir de sus adeptos, en la categoría de una ciencia de observación. Los espiritistas estudian las leyes del principio espiritual y rechazan todo cuanto puede tener relación con la magia y la hechicería; tampoco aceptan el materialismo. Los espíritus no son más que las almas de los hombres, y al comunicar con ellos dicen que no se separan de la humanidad. El espiritismo no reconoce en los animales ningún principio animico especial, como les conceden los filósofos materialistas y naturalistas ó unicistas.

La filosofía, la ciencia experimental y la Religión católica rechazan el espiritismo, porque confunde el instinto, la inteligencia, la razón y la libertad; y en medio de un misticismo empalagoso se precipita como el *materialismo* y el *monismo* en el caos de la *duda*, abona el suicidio y se separa de la moral, del derecho natural y del buen sentido científico... ¡MATERIALISMO! hemos dicho. Si, el materialismo, hoy monismo científico, en abierta lucha con la ciencia verdadera y con las creencias del linaje humano niega sin escrúpulo la existencia de Dios y la del alma racional, proclama la eternidad de la materia y rechaza todo pensamiento elevado y digno, valiéndose del conjunto de conocimientos que le suministran las ciencias exactas, físicas y naturales. «La sociedad actual, dice, no sin justa razón, el señor Luís Figuiet, es víctima de un mal terrible, de un cáncer moral que amenaza destruirla. Este mal es el materialismo. Predicado primeramente en Alemania, en las universidades y en los libros de filosofía y de ciencias naturales, el materialismo ha invadido en seguida la Francia, descendiendo sin demora desde la cátedra de los sabios á las clases ilustradas y al poco tiempo á las masas populares. El pueblo se ha encargado de demostrarnos las consecuencias prácticas del materialismo; ha rechazado la religión, sus ministros, la jerarquía social, la patria y la libertad. Todo esto debía tener un funesto desenlace, y en efecto, después de una prolongada energía política un crecido número de locos furiosos ha paseado por la capital de Francia el terror, la muerte y el incendio.»

Lo cierto es que si en Alemania y en Francia el materialismo ha hecho en nuestros días una propaganda tenaz y sostenida que se ha inoculado por todas las clases de la sociedad, la que se viene haciendo en España no le va en zaga. Las obras escritas bajo la influencia racionalista y positivista ó monista se traducen con increíble rapidez y se difunden entre la juventud irreflexiva que las recibe como novedades científicas; la corriente materialista marcha como otras veces, con pasmosa velocidad y penetra por todas las reuniones y liceos, invade los ateneos y corporaciones científicas, hace sus prosélitos en la clase media y se insinúa por el taller del honrado artesano, en el campo y en el

hogar sagrado del virtuoso padre de familia. La indiferencia, la duda, la incredulidad, el sarcasmo y el extravío vienen imperando en el corazón de nuestro pueblo, que ha olvidado los santos principios de la fe religiosa católica, del amor á la patria y el respeto sagrado de la familia; una ciencia impía y atea le arrebatada todos sus sentidos y le aprisiona toda su alma para hundirla en el abismo. ¡Quiera Dios que se detenga ante la inmensidad tenebrosa del porvenir para encauzarse de nuevo por el buen camino que le señala mejores tiempos, y más prósperos y fecundos resultados.

La escuela materialista ó unicista, conculcando los fueros de la razón y



Hotel de Ville de Paris incendiado por los de la Commune.

menospreciando la ciencia que invoca á cada paso, proclama principios que llama *fijos*, los cuales busca con afanosa solicitud en las observaciones y estudios de los fenómenos naturales y en el razonamiento que sugiere por un criterio que llama franco, leal y desapasionado. Se queja, sin fundado motivo, de que la sociedad le tiene guerra declarada, y pretende á voz en grito, propagar y difundir por todas partes sus doctrinas y creencias ateas que matan la moral y el derecho.

El materialismo científico acude para la propagación de sus funestos ideales á la prensa periódica, publica multitud de folletos y pequeños volúmenes que expende á precios insignificantes, utiliza la novela y la poesía, se escuda,

cuando le parece, en una filosofía que llama científica, impera en la cátedra traslimitándose quizá de los preceptos reglamentarios, ostenta su oratoria en los liceos y ateneos, su audacia en las reuniones de obreros, y su cinismo en el teatro, y no desperdicia cuantas ocasiones se le presentan para extender su propaganda á todas partes. ¿Qué más se desea? Sólo falta que el materialismo ponga sus predicaciones en las plazas públicas. ¿Os quejáis, acaso, de que los hombres sensatos, las personas juiciosas, los padres de familia, el ciudadano honrado y laborioso, aquellos que están dedicados á negocios, el que tiene una instrucción esmerada, lo mismo que el que por desgracia la ha adquirido reducida y limitada... que la humanidad en general huya de vosotros, y asustada y llena de pavor ante vuestras doctrinas disolventes os rechaze con espanto y horror? ¿Os figuráis, tal vez, que conviene proclamar que las creencias que sirven de consuelo al linaje humano son falsas é ineficaces para labrar nuestra dicha, que la ciencia niega la existencia de Dios, y que nada hay después de la muerte? ¿Os figuráis, repito, que estos desaciertos y extravíos han de proporcionaros la victoria? ¿Tendríais, quizá, el loco atrevimiento de llamar á esta juventud generosa para separarla del buen camino, desviar al artesano y al obrero haciéndoles creer que el porvenir se halla en vuestras doctrinas desconsoladoras y disolventes? ¿Pensáis, por ventura, que propalando absurdos insostenibles, como que la Religión católica se halla próxima á su ruína, que es una religión inútil y caduca, y que la moral más pura y filantrópica está en el materialismo unitario que forma vuestra decantada ciencia, en esa doctrina aterradora que niega á Dios, que se burla del alma racional, que proclama á grandes voces la eternidad de la materia, la vida espontánea, el acaso y otros delirios que á través de los siglos se han sostenido por diferentes sabios y escuelas contra las verdades que la humanidad tiene reconocidas en los fueros de su sér y dentro de su conciencia?... ¡Insensatos! En vuestras constantes lucubraciones sólo buscáis la perdición de la sociedad, cubriendo de negro crespón la vida civil, moral y religiosa como se hizo en Francia en la última década del pasado siglo. Pues qué ¿los postreros ensayos que todos hemos presenciado, cuyas sangrientas manchas reflejan todavía una pálida luz rojiza; los desmanes y mortíferos planes que todos los días realizan en sus tenebrosos conciliábulos los que nada creen; los incendios y general destrucción que hacen temblar á las naciones, no son más que suficientes para que la sociedad rechace con indignación y espanto estas escuelas incrédulas, fatalistas, socialistas y ateas?

Aquí se nos ocurre copiar á la letra algunos párrafos de la obra del señor Camilo Flammarion que por cierto no puede ser sospechosa á los positivistas y ateos, intitulada *La Pluralidad de los Mundos habitados*, cap. III, cuando habla

de un Dios creador. (Trad. de la XVII edición francesa por el señor D. José Moreno Baylen).

Dice así: «No queremos entrar en una interminable cuestión sobre las pruebas de la existencia de Dios, este no sería el lugar; pero queremos expresar en pocas palabras nuestro modo de ver.

»Nosotros decimos que, á pesar de nuestro venerable maestro Laplace, que de palabra calificaba á Dios de *hipótesis inútil*, (1) á pesar de los sabios discípulos de las escuelas de Hegel, de Augusto Comte y sus émulos, á pesar de la autoridad de nuestros contemporáneos, que fuera ocioso citar, pero que nos son queridos por más de un título, no titubeamos en proclamar en principio la existencia de Dios, independientemente de todo dogma, y aun diríamos, independientemente de toda idea religiosa; las pruebas de esta existencia son para nosotros tan numerosas como los seres animados que pueblan la tierra.

»Á pesar de nuestra incapacidad de conocerlo y de nuestra debilidad ante ÉL, nosotros afirmamos el Sér supremo. Lo comprendemos mejor que el insecto comprende el Sol; no sabemos quién es ÉL, ni cómo ÉL es, ni de qué modo ÉL obra, ni qué es Su presencia y Su obicuidad; no sabemos nada, absolutamente nada de ÉL; digamos mejor, nada podemos saber, porque nosotros somos la sombra y ÉL es la luz, porque nosotros somos lo finito y ÉL es lo infinito. Su esplendor deslumbra nuestra débil retina; su modo de ser es *inconocible* para nuestro pobre entendimiento; las condiciones de Su realidad son inaccesibles á nuestra comprensión limitada, á tal punto, que nos parece que ninguna ciencia puede elevarnos hasta su conocimiento. Es cierto, según el célebre dicho de Bacón de Verulamio *que poca ciencia aleja de Dios y mucha ciencia conduce á ÉL*; pero no es cierto que una ciencia ú otra puedan hacernos conocer jamás la naturaleza del Sér increado. En una palabra, ÉL es *absoluto*, y nosotros no somos, no conocemos ni podemos conocer más que *relativos*. Nos está formalmente vedado crearnos una imagen de Dios; es una imposibilidad inherente á nuestra propia naturaleza. No, nada sabemos de ÉL; pero Lo con-

(1) Hecha la publicación de su grande obra sobre la *Mecánica celeste*, Laplace la presentó al emperador Napoleón I. Éste, después de leerla, llamó al astrónomo y le manifestó su sorpresa por no haber encontrado ni una sola vez la palabra Dios en todo el curso de la obra.—Señor, respondió Laplace, *no he tenido necesidad de esta hipótesis.* (*)

(*) Más tarde, cuando el gran Napoleón I se hallaba en Santa Elena bajo el rigor británico y Laplace vuelto cortesano ostentaba la toga senatorial, hizo gestiones para borrar aquella imprudencia cometida hallándose en la cumbre de su gloria y de su orgullo: imprudencia que fué la pesadilla de toda su vida y que el Emperador había consignado en su Memorial, negándose á suprimir un hecho de aquel sabio, tan inconveniente como inoportuno, que á lo más le proporcionó los placeres de la populacheria. Laplace era senador... ya había olvidado su ateísmo.

templamos en lo alto desde el fondo de nuestro abismo, y el solo pensamiento de Su eterna existencia nos aterra y nos aniquila; más Lo vemos clara y distintamente bajo todas formas de los seres, escuchamos Su voz en todas las armonías de la Naturaleza, y nuestra lógica exige una causa primera y una última causa de todas las obras creadas.

»Vosotros no admitís causa primera, porque la ausencia de creación os parece incomprendible, y de aquí deducís la eternidad del mundo; no reconocéis última causa porque la causalidad final permanece misteriosa y oscura, y conduce al hombre á errores manifiestos. Pero ¿qué es lo que llamáis, y qué es lo que llamamos todas causas finales? ¿Creéis de buena fe que las verdaderas causas finales y el verdadero destino de los seres, sean los que nosotros concebimos en nuestro pequeño cerebro? ¿Creéis de buena fe que el plan general de la inmensa y solidaria Naturaleza puede ser conocido por nosotros, pobres átomos? ¿Persistís aún en confundir el orden universal de los seres con vuestros sistemas de clasificación? ¿No consideráis que el hombre y toda su historia, toda su ciencia, todo su destino aquí, no es más que el juego efímero de una libélula cerniéndose sobre el oceano sin límites del espacio y del tiempo, y que, para juzgar las cosas en su orden verdadero, nos fuera preciso conocer el conjunto del mundo?...

»No; la verdadera causalidad final no es la que el hombre imagina; y si concebimos una conformidad al fin á toda creación, si queremos un destino de los seres en la Naturaleza, es porque reconocemos los trazos de un *plan divino* en la obra del mundo. Nosotros estudiamos en nuestro rededor formas de existencia que se condenan y se suceden mutuamente, vemos coordinaciones que se corresponden unas á otras, reconocemos una solidaridad entre todos los seres, desde el mineral hasta el hombre, lo mismo que entre las diversas partes constitutivas de cada individuo, á tal punto, que sin el principio de las causas finales, las ciencias fisiológicas no podrían dar un paso, ni determinar la función de un solo órgano. Si se quiere que este estado de cosas sea obra de la materia, nosotros lo concedemos, añadiendo aún que cualquiera creación llevaría (y lleva en efecto), lo mismo que ésta, el sello de la solidaridad universal; pero vemos encima de esas fuerzas físicas, que tan inteligentemente han arreglado las cosas, á la Inteligencia primordial que puso en acción á esas admirables fuerzas.

»Una escuela filosófica del día nos opone que la conformidad al fin ha sido creada únicamente por el espíritu reflexivo que admira así un milagro que él mismo ha obrado. Se nos dice que la Naturaleza es un conjunto de materiales y fuerzas ciegas, cuyas combinaciones variadas producen individuos y especies; pero en modo alguno prueban la intervención de una inteligencia. Se nos

repite que Dios es una hipótesis inútil de la que no se sabe qué hacer; que toda concepción de inteligencia independiente del mundo material está vacía de sentido y es absurda; que «se deben abandonar estas vanas ideas de teología á la sabiduría de los maestros de escuela, á quienes es permitido continuar esos inocentes estudios en medio de los oyentes infantiles que pueblan sus aulas.» (1) ¡Y la escuela sabia que funde sus razonamientos sobre semejantes principios, no vé que está en el colmo del ilogismo!

»Decís y afirmáis que las fuerzas naturales inherentes á la esencia misma de la materia, aseguran la vida y la estabilidad eterna del mundo; decís y afirmáis que esta potestad de mantener indefinidamente el estado actual, ó de hacerle sufrir transformaciones sucesivas, pertenece en propiedad á esas fuerzas naturales, y que ellas tienen *por sí mismas* la virtud de perpetuar la creación universal. ¿Por sí misma? ¡Ah! ¿qué sabéis? Ensayad, probadnos, si os es posible, que esta virtud está en la esencia misma de la materia y no pertenece á una potencia superior que, si quisiera, anularía su acción primitiva y dejaría caer todo en el caos. Probadnos que esta materia, cuya dignidad exaltáis á tal punto, existe por sí misma, y ya que os asentáis sobre el terreno científico, no os contentéis con afirmar gratuitamente; demostrad, si os place, las proposiciones que sentáis con tanta firmeza.

»Pero aun cuando lo que afirmáis fuese cierto; aun cuando las leyes que rigen al mundo llevasen en sí mismas las condiciones de su eterna vida y de su eterna estabilidad; aun cuando la intervención incesante del Autor de todas las cosas fuese supérflua y por consiguiente no existiese,—cosa que os concedemos en la apariencia, una vez reconocido el principio creador;—¿qué probaría esto, sino que este Criador cuya existencia negáis tan ilógicamente, ha tenido bastante sabiduría y bastante poder á la vez para no sujetarse servilmente á poner mano eternamente á su obra? Después de haber descubierto la gran ley de la gravitación de los astros, el inmortal Newton emitió la opinión de que el Autor del Universo debía de tiempo en tiempo volver á montar la máquina de los cielos; cien años después, vino Laplace á demostrar que el sistema del mundo es un reloj, y que estará en perpetuo movimiento hasta la consumación de los siglos; nosotros vemos á Dios más grande en Laplace que en Newton. El sello de lo infinito está impreso sobre la Naturaleza; preferimos conocer la mano que lo estampó. La creación proclama tan claramente á nuestros ojos la existencia de un Criador infinito, que la negación de esta existencia nos parece el colmo de la insensatez y de la ceguera. ¡Negar á Dios por qué ha sido infinitamente sabio é infinitamente poderoso! ¡No reconocer la acción

(1) *Force et Matière*, por Luis Büchner, Leipzig, 1860.